

Los movimientos antagonistas en América Latina.

Massimo Modonesi.

Cita:

Massimo Modonesi (2007). *Los movimientos antagonistas en América Latina. XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología. Asociación Latinoamericana de Sociología, Guadalajara.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-066/1700>

Reflexiones sobre el cambio de época en América Latina

Movimientos antagonistas y crisis hegemónica

*Massimo Modonesi**

“¿Cómo soldar el presente al porvenir, satisfaciendo las necesidades urgentes del presente y trabajando útilmente para crear y “anticipar” el porvenir? “

Antonio Gramsci, “Democrazia operaia”
L'Ordine Nuovo, 21 de junio de 1919

En su discurso de toma de posesión de la Presidencia de Ecuador, Rafael Correa afirmó que presenciamos un cambio de época y no una simple época de cambios.¹ Utilizando las mismas palabras, la convocatoria al XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología sitúa el debate y los desafíos de las ciencias sociales “ante el cambio de época”.² Más allá de la búsqueda de efectos retóricos y del difuso culto a la “novedad” como justificación y legitimación de la actividad política e intelectual, la recurrencia de esta formulación sugiere que varios actores políticos y amplios sectores académicos latinoamericanos convienen en identificar un pasaje histórico significativo. Al mismo tiempo, detrás de esta coincidencia nominal, todavía no se han planteado las coordenadas interpretativas de un debate historiográfico y político cuyo desarrollo llevará inevitablemente a interpretaciones distintas e inclusive divergentes.

* Historiador y sociólogo. Profesor de la UACM y de la UNAM.

¹ Rafael Correa, “Un verdadero cambio de época en Ecuador” en *Memoria*, núm. 217, México, marzo de 2007, p. 32.

² El XXVI Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología (ALAS) a realizarse en Guadalajara en agosto de 2007, se titula “Latinoamérica en y desde el Mundo. Sociología y Ciencias Sociales ante el Cambio de Época: Legitimidades en Debate”.

En esta dirección, el objetivo de las siguientes reflexiones es esbozar una caracterización del cambio de época en América latina en función de la centralidad de dos fenómenos entrelazados: la emergencia de rasgos antagonistas en los movimientos sociales y el agotamiento de la hegemonía neoliberal.

El neoliberalismo como construcción de época

Por absurdo que pueda parecer a primera vista, la idea de cambio de época necesita justificarse de cara al supuesto “fin de la historia”. Como toda leyenda, detrás de la euforia triunfalista que la inspiró, esta formulación se erige sobre un fondo de verdad. Entre el final de los años 70 y el principio de los años 90 se acabó un ciclo histórico iniciado en la primera década del siglo XX: un ciclo de luchas políticas y sociales de inspiración anticapitalista, popular, socialista y antimperialista que disputaban el poder en todas sus dimensiones y cimbraban las estructuras y relaciones de dominación. Generalizando lo que en la historiografía aparece fragmentado en distintas experiencias concretas, podemos reconocer que se terminó una forma del conflicto caracterizada por un modelo “antagonista” definido en términos de un proyecto emancipatorio compartido, identidades convergentes y formas de organización y de lucha articulables.³ Al agotarse una “forma” del conflicto, los ganadores se apresuraron en decretar el fin de todo conflicto, sea por convicción sea por la intención de crear un efecto psicosocial suplementario que asentara el triunfo en el imaginario colectivo y marcara una visión de época.⁴

³ Ver Massimo Modonesi, “Los árboles y el bosque. Notas sobre el estudio del movimiento socialista y comunista en América Latina” en Elvira Concheiro, Massimo Modonesi y Horacio Crespo, El comunismo: otras miradas desde América Latina, CEEICH-UNAM, México, 2007.

⁴ El derrotismo prosperó incluso como perspectiva académica, véase -por ejemplo- el marco categorial de Timothy P. Wickham-Crowley, “Ganadores, perdedores y fracasados: hacia una sociología comparativa de los movimientos guerrilleros latinoamericanos” en Susan Eckstein (comp.), Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos, Siglo XXI, México, 2002, pp. 144-192.

La caracterización del triunfo capitalista en América Latina entre la segunda mitad de los años 70 y la primera mitad de los 80 puede ordenarse en torno a una plataforma y dos pilares: militarismo, electoralismo y neoliberalismo.

En contra de las predicciones y deseos de muchos, en los años 70, la partera de la historia latinoamericana no fue la violencia revolucionaria sino la violencia reaccionaria. La reacción se realizó en forma de militarización del conflicto social, como guerra interna.⁵ Una forma que operó incluso en los países que mantuvieron gobiernos “civiles” y que no sólo frenó el ascenso de los movimientos armados sino que asumió la tarea de neutralizar definitivamente el conflicto en todas sus expresiones pacíficas, ya que fueran reformistas o revolucionarias.⁶ El éxito de esta operación represiva desembocó en un reordenamiento conservador de larga duración anclado en el miedo, en el restablecimiento de las relaciones de mando-obediencia fundadas en la subalternidad que venían diluyéndose en el antagonismo de las décadas anteriores. A pesar de que, en los años 80, la reacción militarista fue presentada exclusivamente como la inevitable consecuencia de la amenaza revolucionaria –la teoría de los dos demonios- es decir como la culminación, el último momento de una época de conflicto que se daba por terminada, el terrorismo de Estado constituyó –al mismo tiempo- el primer episodio de la nueva época, el primer pilar del orden existente.

Por lo tanto, su desdibujamiento a partir de los años 80 en las aclamadas “transiciones a la democracia” no puede verse sólo como la conquista de los movimientos de resistencia civil sino que, por otra parte, corresponde a la consolidación hegemónica del nuevo orden y su realización como “revolución pasiva” o “transformismo”.⁷ Asumiendo la relación entre consenso y coerción

⁵ Ver esta perspectiva en Inés Izaguirre, Los desaparecidos: recuperación de una identidad expropiada, Centro editor de América Latina, Tucumán, 1994.

⁶ Por ejemplo, incorporando el terrorismo del Estado sin interrumpir el bipartidismo oligárquico en Colombia, ni el sistema de partido hegemónico en México. En este último país sólo en tiempos recientes se empezaron a investigar los acontecimientos de la llamada “guerra sucia”, la cual había sido denunciada por organizaciones de defensa de los derechos humanos como el Comité Eureka desde los años 70.

⁷ Utilizando dos categorías de Antonio Gramsci. Ver Quaderni dal Carcere, Istituto Gramsci, Roma, 1975, Q 8, § 25 , p. 957.

como relación de suma cero, si la violencia fue el último recurso frente a una pérdida de consenso que configuraba una crisis de la forma de dominación, la recuperación hegemónica fincada en el consenso implicaba encontrar formas políticas que permitieran disminuir la carga de coerción. Siguiendo la misma lógica, podemos aventurar la hipótesis que la actual pérdida de consenso y la reaparición del conflicto en el terreno socio-político explica el aumento del recurso a la violencia y la tendencia a la criminalización de la protesta social.

Si el miedo fue la plataforma coercitiva, el nuevo edificio conservador se erigió históricamente sobre dos columnas. El orden socio-político fue asegurado ofreciendo, después de la larga noche represiva, a la democracia electoral como el mejor mundo posible, exaltando sus virtudes pacíficas y sus garantías procedimentales. Más allá de sus obvias ventajas en comparación con el autoritarismo represivo, esta apertura resultó eficaz para el reordenamiento conservador en la medida en que permitió dar la sensación de la participación y del control democrático estableciendo límites definidos. Límites que se manifestaban en la posibilidad de alternancia en el marco establecido por un sistema político surgido de la eliminación física y simbólica de las alternativas nacional-populares y socialistas, es decir, estableciendo que el pluralismo se realizaba y se resolvía al interior del liberalismo, pluralismo que era en realidad unipolaridad multipartidista, un único polo compuesto por varios partidos.⁸ El electoralismo como ideología política asentó una forma conservadora de la política y de la participación democrática al interior de modalidades episódicas y delegativas.

En paralelo, el reordenamiento conservador se asentó por medio de la realización de un profundo proceso de reestructuración capitalista de corte

“... expresarían el hecho histórico de la ausencia de iniciativa popular en el desarrollo de la historia italiana, y el hecho que el “progreso” se realizaría como reacción de las clases dominadas al subversivismo esporádico y inorgánico de las masas populares con “restauraciones” que recogen alguna parte de las exigencias populares, entonces “restauraciones progresivas” o “revoluciones-restauraciones”». (trad. MM)

⁸ Álvaro García Linera (coord.), Sociología de los movimientos sociales en Bolivia, Diakonia-Oxfam, La Paz, 2005, p. 13.

neoliberal. Este proceso pudo realizarse en la medida en que los saldos de la violencia política habían modificado substancialmente la correlación de fuerzas sociales, restableciendo el equilibrio favorable al capital después de medio siglo de avanzada de los movimientos populares, a lo largo de un largo ciclo de movilización entre los años 30 y los años 70. En el marco de la alternancia sin alternativa, el neoliberalismo pudo presentarse como un consenso inevitable al interior de un aparente pluralismo político y pretendió naturalizarse, diluirse en el sentido común. Fueron los años del “pensamiento único” en los cuales la alternancia política confirmaba la ausencia de alternativa socio-económica.

En esta secuencia militarismo-electoralismo-neoliberalismo asentó una hegemonía conservadora -basada en la superación del antagonismo y el restablecimiento de la subalternidad⁹- cuya eficacia se extendió a lo largo de por lo menos 15 años.

Partiendo de esta lectura del proceso histórico, la hipótesis de cambio de época tiene que medirse en función del desmantelamiento de este edificio conservador y relacionarse con el quiebre de la construcción hegemónica que lo sostiene, tiene que justificarse en relación con un reflujó de la subalternidad al antagonismo y la configuración de una crisis hegemónica, entendida como apertura histórica de posibilidades en el marco de una disputa de poder.

Inicio del fin de época

Una primera fisura se abrió en el momento en que la época fue reconocida y nombrada. Más allá de que se entendiera o no como una etapa del capitalismo, el reconocimiento y la identificación de una forma o un modelo neoliberal empezó a ocupar el centro de la reflexión política de los partidos y movimientos de oposición así como de los análisis de los sectores académicos e intelectuales de la región. De hecho, podemos reconocer un momento en el

⁹ Ver las coordenadas de este enfoque teórico en Massimo Modonesi, “Autonomía, antagonismo, subalternidad. Notas para una aproximación teórica” en Claudio Albertani, Guiomar Rovira y Massimo Modonesi, La autonomía posible. Emancipación y reinención de la política, UACM, México, 2007, en imprenta. 17 pp.

cual se generalizó el nombre, se nombró al neoliberalismo, se bautizó al enemigo; un momento a partir del cual se visibilizaron no solamente sus características sino que se delimitó un campo de conflicto a su interior. Al mismo tiempo, invirtiendo los términos de esta hipótesis a partir de un enfoque materialista, podemos decir que la configuración concreta de un campo conflictual permitió o implicó nombrar al sistema.

Existe un consenso relativamente sólido que ubica este momento de visibilidad política y el inicio de la resistencia declaradamente antineoliberal en torno al año 1994. Este fecha asume como detonante simbólico¹⁰ el levantamiento indígena en Chiapas, pero incluye las movilizaciones indígenas iniciadas en ocasión del V centenario de la conquista en 1992¹¹, las huelgas en Francia, Corea y Estados Unidos de los años inmediatamente posteriores y la creciente visibilidad política de diversos movimientos sociales en América Latina como el MST en Brasil, la CONAIE en Ecuador, los cocaleros en Bolivia, los sindicatos antimnemistas y los primeros piqueteros en Argentina, el incipiente chavismo en Venezuela, etc.¹² Esta oleada de movilizaciones antineoliberales

¹⁰ En sus dos acepciones, inicia una explosión, un estallido, pero también llama la atención, causa asombro y admiración.

¹¹ Algunos pasajes de la Declaración de Quito de 1990 muestran claramente la tendencia hacia politización del movimiento indígena latinoamericano: “Los pueblos indígenas estamos convencidos de que la autodeterminación y el régimen de autonomía plena solo podemos lograrlo previa destrucción del actual sistema capitalista y la anulación de toda forma de opresión sociocultural y explotación económica. Nuestra lucha está orientada a lograr ese objetivo que es la construcción de una nueva sociedad plural, democrática, basada en el poder popular.” (...) “La lucha de nuestros pueblos debe de estar enmarcada en un proyecto político propio que nos posibilite una lucha organizada y contribuya a la transformación de la sociedad dominante y la construcción de un poder alternativo” (...) “Dado que los pueblos indios además de nuestros problemas específicos tenemos problemas en común con otras clases y sectores populares, tales como la pobreza, la marginación, la discriminación, la opresión y la explotación, todo ello producto del dominio neocolonial del imperialismo y de las clases dominantes de cada país, son absolutamente necesarias e impostergables con otros sectores populares. Sin embargo estas alianzas deben, al mismo tiempo, fortalecer y afirmar la propia identidad de los pueblos indios. Las alianzas deben realizarse en un marco de igualdad y respeto mutuo.” Citados en Araceli Burguete, “Cumbres indígenas en América Latina. Cambios y continuidades en una tradición política” en *Memoria*, núm. 219, México, mayo de 2007.

¹² Ver sobre los casos, Sue Brandford y Jan Rocha, Rompendo a cerca. A história do MST, Casa Amarela, Sao Paulo, 2004; Guillermo Almeyra, La protesta social en la Argentina (1990-2004), Ediciones Continente, Buenos Aires, 2004; Maristella Svampa, La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo, Taurus, Buenos Aires, 2005; Álvaro García Linera (coord.), Sociología de los movimientos sociales en Bolivia, Diakonia-Oxfam, La Paz, 2005.

desembocará en Seattle en el inicio del movimiento altermundista, agregando al antineoliberalismo una mirada crítica de alcance global.¹³

En torno al nombre, neoliberalismo, se levantó y organizó la antítesis, la negación, el movimiento reactivo, el antineoliberalismo. Los movimientos, después de una década de despolitización y de dispersión, volvieron a adquirir tintes políticos, a contracorriente de las tesis posmodernas y de las modas sobre los “nuevos movimientos sociales”, volvieron a ser socio-políticos en el momento en que reconocieron las articulaciones políticas del sistema.

La periodización del inicio del fin del orden hegemónico neoliberal puede ordenarse en torno a tres momentos.

En un primer momento, a mediados de los 90, se caracterizó por el aumento de los conflictos y las luchas que de los rincones de las resistencias parciales y locales fueron convergiendo en torno a la consigna del antineoliberalismo.¹⁴

En un segundo momento, desde principio de siglo, los movimientos populares agregaron a la resistencia un perfil destituyente, provocando la caída de gobiernos neoliberales ya fuera promoviendo un voto de protesta en las urnas o directamente desde las calles por medio de las movilizaciones.

En el momento actual, a la resistencia y al perfil destituyente se sumó una tendencia instituyente en la medida en que los movimientos impulsan procesos constituyentes, impulsan y apoyan políticas anti o posneoliberales en diversos países de la región y/o construyen espacios autonómicos al margen de las instituciones estatales.

Politización y radicalización

¹³ Esta relación incipiente y posteriormente abortada por el reflujo del movimiento altermundista puede encontrarse en José Seoane y Emilio Taddei (comps.), Resistencia mundial. De Seattle a Porto Alegre, CLACSO, Buenos Aires, 2001.

¹⁴ Ver Margarita López Maya (ed.), Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años del ajuste, Nueva Sociedad, Caracas, 1999.

Esta escalada en tres niveles como resultado de la acumulación de fuerzas de los movimientos sociales se relaciona con el perfil antagonista que fueron adquiriendo en los últimos 10 años.

Una politicidad antagonista centrada en la configuración de un campo de conflicto y de disputa del poder que se construyó en el tiempo en torno a tres ejes entrelazados:

- Una tendencia a la politización basada en la articulación entre lo social y lo institucional y la reaparición de opciones de poder.
- Una tendencia a la radicalización del análisis y de las acciones.
- Una tendencia a la combinación de actitudes y reivindicaciones reactivas con crecientes elementos proactivos.

En la medida de sus posibilidades, los movimientos de resistencia establecieron, desde el inicio del siglo, puentes desde la lucha social hacia la esfera institucional. Estos puentes hoy en día tienen modalidades distintas pero, vistos en general, responden a la misma lógica de articulación política. Una forma difusa y relativamente constante se encuentra en las apuestas explícitas que los movimientos hacen en ocasión de las coyunturas electorales a favor de los candidatos menos neoliberales o antineoliberales. El ascenso de partidos y candidatos de centro izquierda en toda América Latina es el resultado de este protagonismo. Los movimientos agitan las aguas del consenso neoliberal, mueven el equilibrio de la opinión pública o del sentido común hacía posturas críticas, creando las condiciones para un voto de castigo. Eventualmente se alían o simplemente apoyan ocasionalmente a las coaliciones electorales de oposición. Este fenómeno está en el origen tanto de las victorias electorales en Venezuela, Nicaragua, Ecuador, Uruguay, Argentina, Brasil de los partidos o coaliciones críticas del neoliberalismo pero también del ascenso electoral de fuerzas de centro izquierda en Colombia, Perú y México y del incremento de votos para el Partido Comunista en Chile.

Más allá del grado de integración o subordinación de los movimientos socio-políticos a los partidos institucionales, es notable cómo, a diferencia del pasado, se construyen y se cuidan márgenes de independencia o de

autonomía.¹⁵ Este cuidado remite no sólo a la desconfianza en relación con los aparatos institucionales sino fundamentalmente a la búsqueda de diversas opciones de articulación política, las cuales no se resuelven exclusivamente en la proyección hacia lo institucional por medio de los procesos electorales. Esta actitud refleja la crítica a la ideología electoralista y la recuperación de la política desde abajo.

En el terreno de lo social es donde destaca una apuesta de politización que rompe con la lógica del modelo de la transición partidaria a la democracia que pretendía recluir a la política en los palacios y las instituciones. La politización desde abajo, desde lo social, recorre caminos que recuerdan los procesos de acumulación de fuerzas del pasado, cuando la forma partido era instrumental y derivada del movimiento popular. En este sentido, el caso boliviano es emblemático en la medida en que el Movimiento Al Socialismo es, en realidad, el Instrumento Político para la Soberanía de los Pueblos (IPSP). Aún cuando esta modalidad no forzosamente se vuelve regla, es evidente que también en el plano organizacional se percibe la politización de los movimientos en el estrechamiento de vínculos horizontales y verticales.

La constelación de experiencias latinoamericanas de relación entre gobiernos “progresistas” y movimientos socio políticos es diversa y requiere ser analizada como proceso y como tensión sin caer en idealizaciones articuladoras o rupturistas. Un ejemplo de idealización articuladora se encuentra, por ejemplo, en la reciente sorprendente exaltación de Toni Negri y Giuseppe Cocco de las “relaciones abiertas y horizontales entre los gobiernos y los movimientos” que impulsan la construcción de “una nueva generación de instituciones que otorguen materialidad al nuevo pacto”.¹⁶ En el polo opuesto, destacan los esquematismos ortodoxos al estilo de James Petras que asume la contraposición irreconciliable entre “el camino de la política electoral y la

¹⁵ Sobre las aristas del debate autonomista ver Mabel Thwaites Rey, La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción, Prometeo, Buenos Aires, 2004, pp. 9-84.

¹⁶ Antonio Negri y Giuseppe Cocco, Global. Biopoder y luchas en una América Latina globalizada, Paidós, Buenos Aires, 2006, p. 28.

política revolucionaria de la movilización de masas”¹⁷ y las idealizaciones movimientistas a la Zibechi que identifican como irreductible el enfrentamiento polar entre Estado y anti estado en “la permanente disputa espacio-temporal entre movimientos-comunidades y estado-partidos”¹⁸.

No es casual que reaparezca el tema y el debate sobre el poder, si como decía Marx “la humanidad se propone siempre únicamente los objetivos que puede alcanzar, porque, mirando mejor, se encontrará siempre que estos objetivos sólo surgen cuando ya se dan o, por lo menos, se están gestando, las condiciones materiales para su realización”¹⁹. Su desaparición se vinculaba a la derrota popular y la victoria del neoliberalismo, el reflujo y la defensiva que le siguieron. En los 80, plantearse el tema del poder no tenía sentido. En nuestros días, lo vuelve a tener en función de la construcción de contrapoderes sociales en los procesos de movilización y de politización de amplios sectores populares. Aunque el debate sobre el poder está lejos de estar resuelto y tiende a polarizarse entre tendencias leninistas y posleninistas -olvidando el pensamiento gramsciano- su reaparición es una señal inequívoca del cambio de época.²⁰

Otro fantasma vuelve a recorrer el campo popular, el fantasma del anticapitalismo y del socialismo. El primero responde a la radicalización del análisis crítico, que reconoce debajo del neoliberalismo la matriz capitalista y, por lo tanto, establece relaciones causales que llevan a la raíz de los problemas sociales actuales. Como consecuencia, diversos movimientos buscan soluciones radicales y encuentran inspiración en torno al nombre, los debates y las experiencias concretas de este amplio campo de búsqueda de alternativas que fue el socialismo en el siglo XX. En el retorno de la reflexión sobre el socialismo del siglo XXI se visibiliza la radicalización del análisis, de la

¹⁷ James Petras y Henry Veltmeyer, Movimientos sociales y poder estatal. Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, Lumen, México, 2005, p. 260.

¹⁸ Raúl Zibechi, Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales, Tinta limón, Buenos Aires, 2006, p.133.

¹⁹ Karl Marx, *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, 1859.

²⁰ Una parte de la veta teórica del debate puede encontrarse en los textos incluidos en John Holloway, Contra y más allá del capital, Herramienta, Buenos Aires, 2006.

comprensión de la realidad, pero también el pasaje de fórmulas reactivas a opciones proactivas.

Al mismo tiempo, la realidad de los movimientos latinoamericanos se presenta desigual y combinada entre referentes nacional-populares y socialistas revolucionarios y proliferan las hipótesis de caracterización no sólo del proyecto sino del mismo sujeto. El caso boliviano es, una vez más, ejemplar de una mirada caleidoscópica en la medida en que aparecen definiciones socialistas y revolucionarias junto a posicionamientos declaradamente nacional-populares así como referencias a la multitud, la clase, la comunidad y la plebe.²¹

Esta misma complejidad aparece en la experiencia de los piqueteros argentinos investigada por Maristella Svampa:

“En suma, en el marco de este proceso de reconfiguración territorial, surge un nuevo proletariado, multiforme, plebeyo y heterogéneo que no sólo es el asiento de prácticas ligadas al asistencialismo y al clientelismo afectivo, promovidas central o descentralizadamente desde diferentes instancias y organizaciones, sino también el *locus* de nuevas formas de resistencia y prácticas políticas.” (...)

“En suma, vistas “desde abajo”, las organizaciones piqueteras son muy ambivalentes, con diferentes inflexiones políticas, que van de la demanda de reintegración al sistema, a la afirmación de una radicalidad anticapitalista. A la vez, es un fenómeno fuertemente plebeyo, proclive a la acción directa, que apunta a la afirmación de lo popular, en cuanto ser negado, excluido y sacrificado en aras del modelo neoliberal.”²²

Lo que suscita menos confusión terminológica es reconocer cómo los movimientos populares, al pasar de la resistencia a la irrupción política, transitan de una lógica exclusivamente defensiva a una actitud que incluye y combina propuestas y reivindicaciones que rebasan la defensa de los derechos vulnerados por el neoliberalismo y bosquejan horizontes posneoliberales por medio de demandas que rebasan el marco de negociación establecido por el sistema existente.

Una vez más, el movimiento indígena latinoamericano, más allá de sus diferencias y debates internos, destaca por la claridad de su discurso al titular

²¹ En particular sorprende que el vicepresidente de Bolivia, electo por una organización que reclama el socialismo, caracterice al movimiento con una fórmula caudillesca adjetivada en términos populistas, ver Álvaro García Linera, “El evismo, lo nacional popular en acción” en OSAL, núm. 19, Buenos Aires, enero-abril de 2006, pp. 1-8.

²² Maristella Svampa, La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo. Taurus, Buenos Aires, 2005, p. 196 y 279.

significativamente las últimas dos cumbres realizadas en Bolivia en 2006 y en Guatemala en 2007 “de la resistencia al poder”.

Se supera así el paradigma de la “protesta”, de matriz claramente resistencial, que caracterizó la primera etapa del neoliberalismo.²³ Este pasaje marca una tendencia a la transición de formas subalternas a formas antagonistas de lucha, las cuales se combinan en las realidades concretas.

Lo mismo ocurre con el llamado repertorio de acción de los movimientos antagonistas, el cual se enriquece con modalidades políticas y radicales que parecía olvidadas, incluyendo la forma insurreccional y la ocupación de espacios productivos.²⁴

La muerte de la hegemonía neoliberal

Los efectos de los procesos de politización y radicalización son de diversa intensidad pero todos se mueven en la misma dirección y perfilan el antagonismo de los movimientos populares. Con ellos, se agota la hegemonía neoliberal. Pero la pérdida de consenso no elimina la dominación hasta que no se construya una alternativa. Queda la dominación sin ropajes hegemónicos que, como indican varios episodios y tendencias, se manifiesta por medio de sobresaltos represivos particularmente visibles en los países que siguen gobernados por neoliberales puros como es el caso en Colombia y México. No podemos descartar que la represión, un retorno a formas duras o blandas de militarización, ocurra también en países cuyos gobiernos reformistas quieran frenar el empuje antisistémico de los movimientos socio-políticos.

²³ Ver un uso del paradigma de la protesta en Susan Eckstein (comp.), Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos, Siglo XXI, México, 2002.

²⁴ Ver, para la forma insurreccional, por ejemplo, el relato de Luis A. Gómez, El Alto de pie. Una insurrección aymara en Bolivia, Comuna, La Paz, 2004 o el análisis de las “puebladas” argentinas en Maristella Svampa y Sebastián Pereyra, Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteros, Biblos, Buenos Aires, 2004. Sobre ocupación de espacios productivos destaca la experiencia brasileña del MST y la argentina de las fábricas recuperadas, ver Susana Neuhaus y Hugo Calello, Hegemonía y emancipación. Fábricas recuperadas, movimientos sociales y poder bolivariano, Herramienta, Buenos Aires, 2006.

El fin de la hegemonía neoliberal es visible en relación con sus pilares.

La crítica a la democracia procedimental y a la ideología electoralista se combina con la búsqueda de correctivos y alternativas. Correctivos que abren a opciones de democracia directa institucional como el presupuesto participativo, los institutos de referéndum, revocación de mandato e iniciativa popular de ley. Alternativas que se manifiestan en el ejercicio democrático directo mediante la movilización, las asambleas populares, las consultas y las irrupciones que ejercen poder de veto. Al desfetichizarse el mito del procedimiento, afloran tensiones entre legalidad y legitimidad propias de una época de crisis hegemónica, cuando el ejercicio jurídico de la dominación no encuentra encubrimientos ideológicos eficaces.

El poder constituyente de los movimientos socio-políticos se manifiesta en sus dos acepciones: en el plano legal con la petición de un congreso constituyente que redefina el orden legal, en el plano real con el ejercicio creador y constructor por medio del cual los movimientos modifican el orden real. La aparición del tema constituyente es un indicio claro de una modificación de las relaciones de fuerzas. Hace unos años la función constituyente estaba en el campo de la “revolución conservadora” impulsada por el neoliberalismo. Hoy en día, con intensidades diversas, es disputada por el campo antineoliberal, que sea en versión de contrarreforma para recuperar el terreno neoliberalizado o en versión más proactiva para impulsar principios que ni el neoliberalismo ni el populismo desarrollista contemplaban.

La crítica al neoliberalismo combina la búsqueda de alternativas desde abajo, en los ejercicios de autonomía productiva, legal y cultural que impulsan varios movimientos con la presión que permite que, a nivel gubernamental, no sólo se detengan las reformas neoliberales sino que se plantee revertirlas. Hace unos pocos años resultaba impensable que se violaran los mitos y tabúes del neoliberalismo como está ocurriendo en Venezuela, Bolivia y potencialmente en Ecuador cuando se cuestiona la autonomía de los Bancos centrales, se nacionalizan sectores productivos estratégicos, se aumenta el gasto público y

el gasto social, se fomenta la creación del Banco Sur como alternativa al FMI, el BM y el BID y se desentierra el tema de la reforma agraria.

Por último, el fin de la etapa hegemónica del neoliberalismo queda evidente en la superación relativa del miedo sobre el cual se erigió después de la militarización. Superación relativa que se observa en el atrevimiento y la osadía que caracterizan a episodios en los que la protesta desafió abiertamente a las fuerzas policiales y militares, reforzando la movilización de cara a la represión y a la vista de muertos y heridos en lugar de replegarse como otras muchas veces ocurrió en la historia latinoamericana. Los levantamientos bolivianos, la resistencia al golpe venezolano, el 19 y 20 argentino son ejemplos de esta actitud que recuerda un pasado anterior a la militarización de los años 70, anterior a tantos golpes militares logrados a lo largo del siglo XX latinoamericano sin que se produjeran fenómenos de resistencia masiva. Un símbolo gráfico es el canto “el pueblo no se va” en la ocupación de la Plaza de Mayo después del desalojo del 20 de diciembre de 2000 en Buenos Aires.²⁵ Esto no quiere decir que el recurso del miedo deje de ser un eficaz instrumento de dominación como lo demuestran las recientes experiencias mexicanas de Atenco y Oaxaca, sino que no constituye ya el insuperable puntal de retaguardia y salvaguarda del orden.

Entre épocas

Al terminarse la etapa hegemónica del neoliberalismo, la dominación neoliberal se resiste a morir. Las resistencias al cambio de época se bifurcan entre reacción y revolución pasiva. La reacción violenta que se asoma en el retorno de prácticas represivas focalizadas, la revolución pasiva que asume el rostro de gobiernos que defienden la continuidad mediante correctivos conservadores.

²⁵ Véase el documental de Fernando “Pino” Solanas, Memorias del saqueo, Cinesur, Argentina, 2004.

Sin embargo el pasaje de época está marcado por la irrupción del antagonismo, por movimientos cuya politicidad y radicalidad²⁶ es preciso llamar antagonista en la medida en que configuran una forma política y radical del conflicto, en el marco del cual disputan el poder y reconfiguran la dominación quebrando su dimensión hegemónica.

Si bien la forma antagonista de ser movimiento no está generalizada, la simple presencia de experiencias antagonistas marca y determina el escenario y el cambio de época. Al mismo tiempo, existe la posibilidad de que los movimientos antagonistas, después de su irrupción en el centro de la escena, adquieran un carácter periférico, se perpetúen en sentido meramente testimonial o sean subsumidos en procesos de revolución conservadora. De la misma manera, la existencia de movilizaciones –más amplias que los movimientos- resulta nodal no sólo para sostener el conflicto y con él la existencia misma de los actores antagonistas en su seno sino que establece sus márgenes de crecimiento y expansión. En el vacío hegemónico, la posibilidad-probabilidad de crisis económicas o políticas se convierte en el potencial escenario de realización del antagonismo como fenómeno que trascienda sus límites estructurales, determine las coyunturas y protagonice procesos de transformación.

Porque si bien los movimientos antagonistas son los protagonistas y los vectores de la ruptura epocal, no forzosamente lo serán de la nueva época. A la luz de un desenlace incierto, cobra sentido neurálgico la pregunta formulada por Gramsci con la que se abren estas reflexiones. ¿Cómo proyectar el presente hacia el futuro? ¿Cómo prefigurar en las luchas de hoy la sociedad de mañana? Más allá del papel de ruptura que están cumpliendo, la prefiguración y construcción societal constituye el principal desafío de los movimientos antagonistas del presente latinoamericano. Así que, después del cambio de época, su rumbo oscila entre una posible recaída en la subalternidad en el marco de una reconfiguración hegemónica, el antagonismo como conflicto

²⁶ Hernán Ouviaña, "Zapatistas, piqueteros y sin tierra. Nuevas radicalidades políticas en América Latina" en *Cuadernos del Sur*, núm. 37, mayo de 2004, Buenos Aires, pp. 103-127.

permanente y la emancipación como horizonte de superación tanto de la dominación capitalista como del conflicto y el antagonismo que la caracterizan.

México D.F., 16 de abril de 2007

Bibliografía citada

Almeyra, Guillermo, La protesta social en la Argentina (1990-2004), Ediciones Continente, Buenos Aires, 2004.

Brandford, Sue y Jan Rocha, Rompendo a cerca. A história do MST, Casa Amarela, Sao Paulo, 2004.

Burguete, Araceli, "Cumbres indígenas en América Latina. Cambios y continuidades en una tradición política" en *Memoria*, núm. 219, México, junio de 2007.

Correa, Rafael, "Un verdadero cambio de época en Ecuador" en *Memoria*, núm. 217, México, marzo de 2007.

Eckstein, Susan, (comp.), Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos, Siglo XXI, México, 2002.

García Linera, Álvaro (coord.), Sociología de los movimientos sociales en Bolivia, Diakonia-Oxfam, La Paz, 2005.

García Linera, Álvaro, "El evismo, lo nacional popular en acción" en *OSAL*, núm. 19, Buenos Aires, enero-abril de 2006, pp. 1-8.

Gómez, Luis A., El Alto de pie. Una insurrección aymara en Bolivia, Comuna, La Paz, 2004.

Gramsci, Antonio, Quaderni dal Carcere, Istituto Gramsci, Roma, 1975.

Holloway, John, Contra y más allá del capital, Herramienta, Buenos Aires, 2006.

Izaguirre, Inés, Los desaparecidos: recuperación de una identidad expropiada, Centro editor de América Latina, Tucumán, 1994.

López Maya, Margarita (ed.), Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años del ajuste, Nueva Sociedad, Caracas, 1999.

Marx, Karl, *Prólogo a la Contribución a la Crítica de la Economía Política*, 1859.

Modonesi, Massimo, "Autonomía, antagonismo, subalternidad. Notas para una aproximación teórica" en Claudio Albertani, Guiomar Rovira y Massimo Modonesi, La autonomía posible. Emancipación y reinención de la política, UACM, México, 2007, en imprenta. 17 pp.

Modonesi, Massimo, "Los árboles y el bosque. Notas sobre el estudio del movimiento socialista y comunista en América Latina" en Elvira Concheiro,

Massimo Modonesi y Horacio Crespo, El comunismo: otras miradas desde América Latina, CEEICH-UNAM, México, 2007.

Negri, Antonio y Giuseppe Cocco, Global. Biopoder y luchas en una América Latina globalizada, Paidós, Buenos Aires, 2006.

Neuhaus, Susana y Hugo Calello, Hegemonía y emancipación. Fábricas recuperadas, movimientos sociales y poder bolivariano, Herramienta, Buenos Aires, 2006.

Ouviña, Hernán, "Zapatistas, piqueteros y sin tierra. Nuevas radicalidades políticas en América Latina" en *Cuadernos del Sur*, núm. 37, mayo de 2004, Buenos Aires, pp. 103-127.

Petras, James y Henry Veltmeyer, Movimientos sociales y poder estatal. Argentina, Brasil, Bolivia, Ecuador, Lumen, México, 2005.

Seoane, José y Emilio Taddei (comps.), Resistencias mundial. De Seattle a Porto Alegre, CLACSO, Buenos Aires, 2001.

Solanas, Fernando "Pino", Memorias del saqueo, Cinesur, Argentina, 2004.

Svampa, Maristella y Sebastián Pereyra, Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteros, Biblos, Buenos Aires, 2004.

Svampa, Maristella, La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo, Taurus, Buenos Aires, 2005;

Thwaites Rey, Mabel, La autonomía como búsqueda, el Estado como contradicción, Prometeo, Buenos Aires, 2004.

Wickham-Crowley, Timothy P., "Ganadores, perdedores y fracasados: hacia una sociología comparativa de los movimientos guerrilleros latinoamericanos" en Susan Eckstein (comp.), Poder y protesta popular. Movimientos sociales latinoamericanos, Siglo XXI, México, 2002, pp. 144-192.

Zibechi, Raúl, Dispersar el poder. Los movimientos como poderes antiestatales, Tinta limón, Buenos Aires, 2006.